

Si se pregunta a un chico qué piensa ser de mayor, la respuesta suele ir de «médico, como papá» —el ejemplo paterno puede mucho— hasta los oficios más sorprendentes: buzo, piloto, bombero, astronauta o Capitán Trueno.

Las niñas, en cambio, suelen ser unánimes: bailarina. El tutú, las mallas, el peinado con bandós y moño, los ojos pintados de azul, las actitudes delicadas, el andar de puntillas, como de pajaritos tímidos, de las estrellas de la danza, ejercen una fascinación indudable en las futuras muercitas.

Las academias de baile cuentan cada día con mayor número de alum-

nidad del «allegro»: el amor que empieza, la ilusión que se hace realidad. Es el momento de la sonrisa franca, de la charla ligera, de andar de prisa sobre las cosas, sin preocuparse demasiado de lo que hay debajo de ellas. Pero cuando se impone un «andante» —el cansancio, la necesidad de reposo o reflexión— hay que saber darse cuenta y no continuar con el ritmo anterior.

Llegan las tristezas como un «largo», profundo, doloroso, que sería inútil rechazar. Y poco después el «scherzo», haciendo posible de nuevo la broma, la alegría, la esperanza renovada.

Desatender un problema importan-



nas. ¿Será esta rubita de ojos claros una Galina Oulanova? Y la morena de sonrisa pícara, ¿podría algún día emular a Margot Fonteyn, a Rosella Hightower, a Claude Bessy? Es probable. Así, en las horas que dejan libres las matemáticas y la geografía, entre una regla de tres y la lista de los Reyes Godos, empezaron a hacer sus pinitos las que hoy son protagonistas de «Giselle» o «Coppelia». Pero las otras, las que no hagan de la danza una profesión, habrán aprovechado igualmente su tiempo. Habrán aprendido a moverse con gracia, a estar quietas como se debe —que tampoco es fácil— y, sobre todo, a desarrollar su sentido del ritmo. Este sentido es más importante de lo que parece. Les servirá, no sólo para bailar a compás de la música sin atropellar los pies del compañero, sino para adecuar sus palabras, sus reacciones, toda su conducta, al compás a menudo menos dulce y más imperioso de la vida.

En esta sabia y complicada partitura, todos los ritmos se dan cita. Y es tarea de la mujer reconocerlos, adaptarse a ellos, para que la armonía —meta que debe proponerse alcanzar— llegue a ser su propia felicidad y la de los suyos.

A veces la vida ofrece la oportu-

te, o inventar uno cuando no hay motivos para que exista, son otras tantas maneras de crear tanta confusión y torpeza, como si, en medio de un ballet, alguien bailase un «pizzicato» con pasos lánguidos, o un vals con saltitos de polka.

Tener sentido del ritmo o, como aconseja la sabiduría popular, «bailar al son que tocan», es prueba de buen juicio. Sobre todo cuando no depende de nosotros alterar ese son, que es lo que casi siempre sucede. Las pequeñas que ensayan «pliés», «jetés», y «pirouettes», que presumen de distinguir en seguida una marcha de un «paso a dos» y un compás de tres por cuatro de uno de compasillo, no saben aún lo útil que les resultará haber desarrollado su sentido del ritmo cuando sean mayores y les toque bailar a un son que no siempre es el que más gusta. Pero si adaptan a él el paso conveniente —paciencia o entusiasmo, reflexión u optimismo— habrán conseguido un triunfo mucho mayor del que puedan alcanzar siendo bailarinas de primer orden. No oirán los aplausos del público, no recibirán cestas de flores en las noches de estreno ni su nombre figurará en los periódicos. Serán, pura y sencillamente, mujeres felices.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO



## CONOZCASE A SI MISMA ③

### ¿Está descontenta del mundo?

PROBABLEMENTE no han oído hablar de un noble príncipe llamado Jehoahaz. Vivió aproximadamente 600 años antes de J. C. y tuvo la desgracia de ganarse la antipatía del faraón Necho, que había sacado a Jehoahaz de su tierra natal, Palestina.

Cierto hombre llamado Jeremías predijo que Jehoahaz nunca volvería. Y acertó. El pobre príncipe murió en Egipto. Años más tarde, Jeremías profetizó al rey Zedekiah que sería vencido si se oponía a Nabucodonosor. Y, a causa de esto, fue encarcelado.

Jeremías sufrió mucho y su historia es realmente triste. Si usted es profeta del destino, y de menos infalibilidad, su historia será también desdichada. Está de moda predecir lo peor e, incluso, quienes lo hacen se granjean una personalidad interesante.

Todos tenemos momentos de descaperación y muchos de nosotros estamos perturbados por la angustia.

Douglas Fairbanks, en el cenit de su carrera, cuando lo había obtenido todo, era propenso a momentos de depresión sin causa justificada. Y lo mismo les ha ocurrido a otros hombres famosos.

El propósito de este test es descubrir si usted está descontenta del mundo y del siglo fugaz en que vivimos.

Conteste solamente «sí» o «no».

1. ¿Se siente usted a menudo desanimada cuando se levanta y, por consiguiente, de mal humor?
2. ¿Está obsesionada por la sospecha de que las personas hablan mal de usted?
3. ¿Cree que las desgracias que le han ocurrido se deben principalmente a usted misma?
4. ¿Es de la opinión de que el amor dura mientras se tiene un capital suficiente para pagar las facturas?
5. ¿Tiende a demorar las cosas, pensando que se resolverán por sí solas?
6. ¿Está todavía resentida por algún duro golpe sufrido hace años?
7. ¿Es susceptible a los altibajos de la vida?
8. ¿Varía notablemente la cantidad de energía que pone en su trabajo?
9. ¿Desdén los puntos de vista del prójimo?
10. ¿Opina que las personas deberían ocuparse más de sus asuntos que de criticar al prójimo?

### análisis

Si ha obtenido más de siete respuestas afirmativas, usted no es feliz. No está de acuerdo con el mundo y es una inadaptada. Los más pequeños incidentes y las más nimias diferencias la descomponen. Debe tratar de aumentar la seguridad en sí misma y equilibrarse.

De dos a cuatro respuestas afirmativas: Usted reacciona normalmente, pero no olvide que dejarse tomar el pelo algunas veces también es divertido.

ROBERT NAGEL